

# Aquel viaje tuyo

Lola Millás

**LOLA MILLÁS EVOCA LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN UNA CARTA A SU PADRE, YA MUERTO, A QUIEN OYÓ EN LA INFANCIA HABLAR DE LA CAPITAL ARGENTINA, UN LUGAR EN EL QUE NUNCA ESTUVO Y DEL QUE SU HIJA LE OFRECE UN PERSONAL RECORRIDO.**

Querido padre: Si hoy me decido a escribirte esta carta tardía, es para contarte que acabo de regresar de un viaje a Buenos Aires, aquel que nunca pudiste llegar a hacer realidad pero que siempre permaneció en tu imaginación. Recuerdo que allá por los años cincuenta, nos hablabas con gran entusiasmo de unos amigos o, tal vez, parientes lejanos que vivían en Argentina, un lugar inimaginable para nosotros en el que íbamos adentrándonos a través de tus relatos. Entonces, Argentina era una importante potencia mundial mientras que, por contraste, en España todavía seguíamos arrastrando carencias de posguerra y, además, nosotros, nos habíamos convertido en emigrantes ante tu decisión inquebrantable trasladarnos a vivir a Madrid, lo que no mejoró mucho las cosas en la familia.

En aquel momento ya éramos siete hermanos y todavía llegarían otros dos nacidos en este exilio voluntario para ti y forzoso para nosotros, los hijos. Pues bien, yo he pisado aquella tierra para asistir a un Festival de Cine de Derechos Humanos en calidad de jurado. Ha sido, por tanto, un viaje de trabajo, pero este hecho no me ha impedido llevar a cabo una labor de investigación que me permitiera contrastar las fantasías con la realidad del momento.

\* \* \*

Hasta alcanzar la Terminal Cuatro del Aeropuerto de Barajas y, concretamente, la puerta U que es la última, hay que realizar un

recorrido considerable, casi una excursión que ya te hace llegar con cierta sensación de agotamiento, por lo que resulta todo un alivio acomodarse en el asiento del avión. Poco tiempo después de que esto ocurriera, me dispuse a iniciar la lectura de una novela que había guardado para tal ocasión, sin imaginar que parte del escenario de su historia, transcurre en un hotel llamado «El Argentina». No podría explicar por qué pero esto se me antojó un buen presagio.

A punto de finalizar el vuelo, en ese momento en el que los viajeros muestran cierto desaliño y empiezan a caminar descalzos o con la camisa por fuera del pantalón o de la falda y el pelo revuelto, comenzamos a sobrevolar Buenos Aires, donde ya había caído la noche. La primera impresión desde las alturas fue festiva, pues todas sus cuadras estaban iluminadas por luces de diferentes colores que le daban a la ciudad un aire de verbena.

Nada induce a pensar al viajero recién llegado que está entrando en una país latinoamericano, ya que la autopista por la que se circula para salvar los veinticinco kilómetros que separan la ciudad de su Aeropuerto, podría ser la de cualquier capital europea.

Debo decirte que iba dispuesta a succionar todo cuanto me pasara por delante, por lo que mis poros permanecieron tan abiertos como mis ojos y oídos durante los días de mi estancia en aquel lugar.

La sensación que tuve de la ciudad fue deslumbrante y a la vez desconcertante. Atrae como un imán a la vez que algo premonitorio te obliga a mantener cierta distancia ante tan espectacular escenario. No la imaginaba de tal magnitud y desconocía por completo su ritmo de vida. Durante el día, y de manera constante, sus calles y avenidas son un auténtico hervidero de personas que se mueven en todos los sentidos y a gran velocidad. Buena parte de ellas, hablan con la misma rapidez que caminan a través de sus teléfonos móviles, un artilugio que no llegaste a conocer pero que, con toda seguridad, te hubiera entusiasmado siendo como eras un experto en tecnología. Los espacios parecen agrandarse como si estuvieran hechos de un material elástico para dar cabida a los millones de personas que, a diario, se desplazan desde la provincia a la capital a fin de llevar a cabo un proyecto o cerrar algún tipo de negocio y que por la noche, regresan a su lugar de

origen. Es entonces cuando el silencio se apodera de la urbe y el sueño se ocupa de reparar las energías consumidas que, de nuevo, serán necesarias para afrontar la jornada siguiente.

Sus habitantes son seres emprendedores y constantes que se dirían acostumbrados a luchar con una crisis que amenaza con hacerse crónica contra sucesivos gobiernos o, a salvar, uno tras otro, los imprevistos cotidianos: un paro no anunciado en el Metro (el Subte para ellos), piquetes en las autopistas, quemas de pastizales en el campo cuyo humo se extiende a la metrópoli, etc... A todo ello, hay que añadir el alto nivel de contaminación atmosférica y acústica que termina provocando un cierto aturdimiento. Seguramente, padre, aquella ciudad objeto de tus narraciones, no se parece demasiado a esta de la que te hablo, de la misma manera que cada uno de nosotros, aún siendo siempre el mismo, nos vamos convirtiendo en personas diferentes a lo largo de nuestra existencia.

Aunque hubiera preferido iniciar de inmediato la búsqueda de aquel lugar que durante tantos años alimentó mis fantasías, no tuve más remedio que atender las obligaciones que me habían llevado hasta allí y empezar a empaparme de historias sobre las que más tarde, debería emitir un juicio. Pero ya se sabe que no hay ley más fuerte que la del deseo y así, entre una película y otra me iba apoderando del paisaje urbano y de sus gentes.

Una de las primeras cosas que salta a la vista, es la mezcla de estilos arquitectónicos, pues dependiendo de zonas y barrios y a juzgar por sus edificios, podría pensarse que Buenos Aires se ha ido confeccionando con la técnica del «patchword» y que cada una de sus piezas, podría proceder de París, Londres o cualquiera de las principales capitales europeas. Lo mismo ocurre con sus habitantes, oriundos de distintos lugares. Estas diferencias hacen llegar a la conclusión de que todo aquello no procede de una sola raíz, sino de varias diferentes entre sí, que cuajaron en su suelo creciendo con su propia fuerza y personalidad hasta concebir aquel espacio de aspecto europeo pero de corazón latinoamericano que, finalmente, ha devenido en un cóctel de colores y sabores realmente apetecible.

Los días iban transcurriendo y yo parecía levitar entre las historias de la pantalla y las que vivía en el exterior. Eran muchas las

sensaciones que se iban colando a través de los sentidos y en las que apenas me daba tiempo a pensar, pues siempre quería más, lo más posible antes de que el tiempo de mi estancia terminara por consumirse. Fui atenta a las explicaciones de los taxistas que, en ocasiones, me trasladaban de un lugar a otro y así fue, como entre otras cosas, pude conocer el monumento a la corrupción. No se trata de una broma, es más bien una provocación impensable, puesto que está construido en el costado de un edificio público dedicado a la Sanidad. «Observe, me dijo el hombre mientras aminoraba la marcha, cómo esa figura humana tallada en piedra, tiene los párpados cerrados, lo que le da a su rostro un aire picaresco de no querer saber, mientras que uno de sus brazos vuelto hacia la espalda, ofrece a la mirada del viandante una mano de tamaño desproporcionado y colocada en forma de pocillo». Ciertamente no podía ser más gráfico y mi asombro aumentó ante la capacidad de autocrítica, pues daba la impresión de que se estaba hablando, sin ningún pudor, de alguna seña de identidad, ya que aquel país que en sus orígenes fue La Pampa, se fue engrandeciendo gracias al cuidado de la tierra que sigue siendo una de sus fuentes de riqueza, pero también al contrabando realizado con otros países vecinos. Más tarde me dije que todos debemos llevar la semilla de la corrupción en nuestro interior y que dependiendo de las circunstancias y el poder, en unos casos se desarrolla y en otros se atrofia.

Pero no quiero alargarme en exceso porque esta carta podría hacerse interminable y no deseo dejar de contarte, al menos, lo que a mis ojos resultó más llamativo.

Paseando por La Recoleta, en un día espléndido, y después de comer en una de las terrazas que se encuentran rodeadas de un gran parque, fui a parar al Cementerio. Se me antojó una ciudad dentro de otra donde las familias de cierta élite, habían adquirido su segunda y definitiva vivienda, algunas de ellas espectaculares. Entre sus calles pasea la gente y los grupos de turistas acompañados de sus correspondientes guías. ¿Y el resto? te dirás. Existe otro lugar que también se cuida con esmero y donde se rinde un culto especial y muy distinto del nuestro a los seres queridos que ya partieron. Me refiero al Cementerio de Chacarita, uno de los más grandes del mundo donde se encuentra la tumba de Carlos